

Sociológica, año 20, número 58, mayo-agosto de 2005, pp. 167-204
Fecha de recepción 06/02/04, fecha de aceptación 04/06/04

Actores, situaciones y relaciones en la construcción del *ethos* científico social en América Latina y México: 1940-2000*

Mery Hamui Sutton**

RESUMEN

El propósito de este artículo es hacer evidente la fuerza que el pasado ejerce en “el deber ser”, lo “que es”, lo que han hecho y hacen los científicos en América Latina y México para construir el conocimiento social. Se muestra como estos académicos han edificado un *ethos* científico en el que no sólo influyen los aspectos teóricos y metodológicos, sino que hay además un telón de fondo en el que los investigadores se identifican, se comprometen y le dan sentido a su quehacer con profunda seriedad moral y entrega. En ese enmarque se definen las situaciones que se encuentran intrincadas de manera interdependiente por tres dimensiones que sólo pueden distinguirse analíticamente y que son: 1) el tiempo en el que se ha cultivado el conocimiento científico social; 2) su inserción en el espacio, que es el territorio que lo enmarca, y 3) la relación de los investigadores en la historia y en el entorno.

PALABRAS CLAVE: conocimiento científico social, historia, entorno, cosmovisión, *ethos* científico.

ABSTRACT

The aim of this article is to highlight the weight of the past in the “should”, the “what is”, and what scientists in Latin America and Mexico have done and are doing to build social knowledge. It shows how these academics have constructed a scientific ethos in which not only do theoretical and methodological matters weigh in, but there is also a background in which researchers identify, commit themselves and make sense out of their work with profound moral seriousness and devotion. In that framework, the interdependently overlapping situations are defined by three dimensions that can only be distinguished analytically: 1) the time in which scientific social knowledge has been cultivated; 2) its insertion in space, which is the territory that frames it; and 3) the relationship of researchers in history and in their surroundings.

KEY WORDS: social scientific knowledge, history, surroundings, world view, scientific ethos.

* Este trabajo es parte del desarrollo de la tesis doctoral titulada: “Procesos de conformación y consolidación de los grupos de investigación científica: factores materiales y simbólicos que convocan y dan sentido a los grupos”, del Programa de Doctorado en Ciencia Social, con especialidad en sociología, del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, que dirige el Dr. Fernando Cortés.

** Profesora-investigadora del área de Sociología de las Universidades del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Correo electrónico: mhs@correo.azc.uam.mx



LA CONSTRUCCIÓN DEL *ETHOS* CIENTÍFICO SOCIAL EN LOS SIGLOS XX Y XXI

EN ESTE ARTÍCULO SE PROPONE vincular el desarrollo y la geografía de los aspectos teóricos y metodológicos con el sentido que se le ha dado al conocimiento social desde la Segunda Guerra Mundial hasta el año 2000. Para armar el rompecabezas que articula las ideas y que conforma el “enmarque” en el que surgen las explicaciones se identifica la procedencia de las orientaciones del conocimiento en la secuencia e interrelación de los sucesos, en los pensamientos de los actores y en las disposiciones de las instituciones.

Los intereses de los científicos que trabajan en disciplinas y contextos distintos conducen a distintas cosas, a interpretaciones diferentes y a apoyar diversos cursos de acción con respecto a lo que se debe hacer, cómo se debe hacer y por quién. La trayectoria de las controversias en relación con el conocimiento científico social interpretado a partir de cuestiones de hecho y de valor permite enfocar los problemas en los contextos en los que se integran, justamente, hechos, valores, teorías e intereses.

El *ethos* o el “enmarque”, que se refiere al modelo cultural que orienta al científico social a “lo ideal” –al entramado de valores y actitudes que se traducen en un estilo de vida que le permiten negociar la diversidad y orientar su esfuerzo dentro de la comunidad en la que investiga–, esclarece los marcos que determinan lo que cuenta y la manera en la que se debe interpretar la prueba.

El análisis se centra en el desarrollo del pensamiento y en la naturaleza del conocimiento de las ciencias sociales en América Latina

y en México, considerando la influencia de Estados Unidos y de Europa en los cambios teóricos, temáticos y metodológicos de los mapas cognitivos de algunas disciplinas y en la orientación que le dan los científicos y otras instancias a ese conocimiento.

Las fuentes utilizadas en el recorrido fueron algunos de los artículos que analizan la bibliografía de la producción científico social en su historia y geografía.¹ Las fuentes no son originales. Se utilizó bibliografía secundaria que exige futuras profundizaciones en la temática. Los enfoques, las aportaciones de los autores y los desarrollos teóricos a los que se hace referencia no se analizan detalladamente, sino tan sólo sus consecuencias y expresiones pertinentes para la problemática que interesa en este artículo.

Es importante señalar que en la primera parte del recorrido considero al conjunto de disciplinas que están conectadas entre sí y que se ocupan del conocimiento social, pero como el concepto de ciencias sociales se sustenta en una variedad de disciplinas académicas que no son homogéneas (Bejar y Hernández, 1996), después menciono sólo algunas de las disciplinas que conforman a las ciencias sociales y sólo aquellos aspectos que me parecen relevantes para explicar la formación del *ethos*. Es importante tener presente que el conocimiento es cambiante por naturaleza y que el cambio influye en las características de cada campo de conocimiento y, también, de otros espacios.

LA CONSTITUCIÓN Y LA EVOLUCIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

En el recorrido realizado por América Latina y México, a partir de la década de los cuarenta, se analizan la organización e institucionalización de la comunidad científico-social. El viaje permite tener contacto con temas como el desarrollo de las ciencias sociales, el surgimiento de las distintas disciplinas, las influencias externas, las figuras importantes, la relación con el sistema de educación superior (SES), con el Estado y con el entorno social.

¹ Entre la bibliografía consultada destacan los artículos de los siguientes autores: L. Arguedas y A. Loyo (1979), Meyer y Camacho (1979), J. Reyna (1979), Breceda *et al* (1989), F. Castañeda (1990), Héctor Cuadra (1990), R. Fuentes (1990), L. Gutiérrez (1990), E. Jeannetti (1990), Francisco José Paoli (1990), D. Torres (1990), R. Varela (1990), Perló (1994), Girola (1996), Girola y Olvera (1994), Bejar y Hernández (1996), Vessuri (1996), Wagner *et al* (1999), Weiss (1999) y Wittrock (1999).

La periodización escogida se hizo en función de los cambios y del peso que los sucesos han tenido en los conceptos y temas de la interpretación sociológica, de la manera en la que se ha ido construyendo el *ethos* en las ciencias sociales en las regiones latinoamericana y mexicana, y según los patrones de comportamiento de sus científicos.

El primer periodo, al cual se le puede describir como las décadas del desarrollo (1945-1960), abarca desde la Segunda Guerra Mundial hasta el inicio de la Revolución Cubana. El segundo se distingue por tener cosmovisiones encontradas, nuevas disciplinas y orientaciones políticas en el campo científico (1960-1980). En este periodo se incluye un apartado sobre el ses y la diversificación disciplinaria en las ciencias sociales en las instituciones académicas en México, que confluyen, en diferentes momentos, con los tres periodos. Finalmente, la tercera etapa se caracteriza por la influencia del entorno ante el estancamiento económico por la instrumentación de la evaluación como mecanismo para financiar a la investigación científico-social (1980-2000).

Aunque la explicación es muy simplificada intenta dar cuenta de la visión de las ciencias sociales en cada una de las etapas en torno al desarrollo y organización del conocimiento, por lo que cobran importancia el nivel institucional, el cambio cognitivo y los criterios de pertinencia social en las decisiones de los actores, que no necesariamente se manifiestan simultáneamente, pero que en el espacio y en el tiempo se reflejan en una actitud, en patrones cambiados y en fines, según hayan sido los distintos intereses en cada momento.

Entre los antecedentes que vale la pena mencionar está el hecho de que los primeros científicos sociales hayan sido ciudadanos voluntarios o “aficionados” que tenían una actitud reformadora y querían dar respuesta a los problemas planteados por la revolución industrial. Estos “aficionados” fueron desplazados después por académicos “profesionales” que tenían interés en aportar conocimientos sobre las condiciones prevalecientes de pauperización e inquietud laboral, entre otras (Weiss, 1999a). Estos primeros académicos se distinguieron de los aficionados y fueron reconocidos como científicos objetivos y desapasionados, capaces de dar guía desinteresada a la sociedad a través de acuerdos en los que se establecía como indispensable el dominio del conocimiento social y contar con un espacio como la universidad, que después sería su sede.

El *ethos* de las ciencias sociales se conformaba con base en el conocimiento y en la conquista de un espacio propio en la universidad.

El significado de tener como sede justamente a la universidad era que ahí se cultivaba la ciencia por lo que, como los demás científicos, los sociales adoptarían la manera de ser y se regirían también con los parámetros que orientaban a toda la comunidad: el avance del conocimiento y la objetividad.

En las décadas que vamos a analizar, el *ethos* se fue transformando, se definieron los límites ideológicos apropiados y surgió un consenso sobre los límites permisibles de la desviación en cuanto al recorte de las miradas y la objetividad (Weiss, 1999a). De esta forma, los científicos que se quedaron en las disciplinas fueron los que acordaron ser regulados por la normatividad científica de investigar y resguardar el conocimiento de sus respectivas áreas de estudio. Con estos acuerdos justificaban la objetividad de su trabajo y protegían su libertad académica. Su espacio era la academia y su trabajo consistía en desarrollar teorías como elementos centrales de las ciencias de la sociedad. Su adhesión a las normas profesionales los protegía de los ataques que provenían de fuera de la disciplina y de la universidad:

A fines del siglo xix y principios del xx los científicos sociales cambiaron el “deber ser” y “la representación social” de sus disciplinas, pues siguieron avanzando en la construcción de su base (del conocimiento) y estableciendo patrones de comportamiento (Weiss, 1999a: 392).

En el telón de fondo hubo desarrollos contradictorios y su dinámica social se orientaba a la esperanza de construir sociedades más justas y equitativas. Se desarrollaban capacidades locales en ciencia y tecnología que influyeron en las estructuras sociales, entraron en escena nuevos actores y se le dio importancia a la negociación. Empezaron asimismo a funcionar los organismos de planificación económica y social, aunque con limitaciones serias. Los entendimientos negociados permitieron el avance del conocimiento de los hechos sociales y de la ciencia bajo un conjunto de suposiciones y disposiciones que caracterizaron a distintas fases del desarrollo de las ciencias sociales.

LAS DÉCADAS DEL DESARROLLO (1945-1960)

Las ciencias sociales se introdujeron lenta y débilmente en el contexto científico y su impulso variaba de disciplina a disciplina. Los ante-

cedentes importantes de las disciplinas sociales modernas tienen lugar en la segunda mitad del siglo XIX, pues en los años treinta y cuarenta del siglo XX la investigación académica no fue muy significativa. Las disciplinas sociales no se distinguían como tales, sino que aparecían muy mezcladas con los ensayos filosóficos, éticos y literarios de la época. En algunos países de Europa y en Estados Unidos algunas teorías económicas, sociológicas, psicológicas y políticas empezaron a tener mayor amplitud, especificidad e influencia. En México, éstas no aparecieron sino hasta la década de los cincuenta (Paoli, 1990).

El referente teórico para los problemas sociales en el contexto internacional lo fueron las corrientes liberales del siglo XIX; a principios del siglo XX jugaron ese papel las corrientes positivistas, razón por la cual en México las ciencias sociales tuvieron la marcada influencia de la filosofía positivista y de las teorías funcionalistas. En ellas se reconoce la existencia de tres fuentes principales en el análisis: el positivismo y sus variantes funcionalistas, el humanismo y el indigenismo.

La función lógica que tuvo el positivismo era fundamentar una racionalidad basada en la utilidad y los hechos públicos y no en la experiencia íntima de la vida privada, la tradición y la costumbre, que eran ámbitos del viejo discurso religioso (Castañeda, 1990). El liberalismo mexicano se distinguió del europeo porque tenía de trasfondo la cuestión indígena y la tenencia de la tierra.

De la década de los cuarenta a la de los sesenta las ciencias sociales tuvieron un papel muy importante en la historia de algunos países de América Latina. Después de la Segunda Guerra Mundial, durante el periodo de prosperidad, la preocupación por las políticas orientadas al bienestar social y el esfuerzo de los gobiernos de centro izquierda introdujeron la idea, que después fue aceptada, de que era necesaria la intervención del gobierno en la economía. Las políticas que se generaron provenían del *ethos* de las disciplinas sociales y sin duda influyeron en la vida social de los países; en lo general provenían de las teorías keynesianas y de la planificación del Estado.

Se tenía que hacer frente a problemas como la pobreza, la enfermedad y la vejez, cuestiones que obligaban a intensificar el gasto en asistencia pública. Para ello se requería de la elaboración de instrumentos de análisis, indicadores sociales, presupuestos por programas, investigación, evaluación de programas, entre otras cosas (Wittrock, 1999), que se apegaban al modelo cultural del *ethos* de las disciplinas sociales.

La influencia sobre las orientaciones y legados de las ciencias sociales en varios países, luego de la gran depresión, provenía de Estados Unidos y de Europa, particularmente de la economía. Las ideas centrales eran, por un lado, la teoría de Keynes, que planteaba el retorno al equilibrio económico mediante el mecanismo de la política fiscal gubernamental y, por el otro, se sentía la influencia de los postulados políticos derivados de los éxitos de la planificación socialista en la Unión Soviética. Después de la Segunda Guerra Mundial se difundió la idea de que las ciencias sociales podían ayudar a comprender mejor y a controlar a las distintas sociedades, como ocurrió en algunos países de América del Norte y de Europa occidental.

En el ámbito internacional, que posteriormente influyó en el latinoamericano y en el mexicano, se dio el intento del Estado por unir más a las ciencias sociales con las demandas gubernamentales para fundamentar sus políticas en los valores del *ethos* científico.

Siguiendo a Weiss (1999a) la información que se produjo no siempre fue oportuna y pertinente porque la investigación requiere de tiempo y no siempre se alcanzan a predecir los asuntos importantes para el futuro en las agendas de gobierno. Esta situación se manifestó en la práctica cuando emergieron situaciones límite entre el cultivo del conocimiento y la resolución de problemas urgentes, pues los científicos sociales que trabajaban para el Estado se dejaban absorber por problemas del momento, se desviaban a otros temas o daban consejos ideológicos disfrazados de descubrimientos.

Otro límite importante entre el trabajo académico y el político social fue la forma en que los gobiernos precisaban temas y metodologías específicas en el desarrollo de las investigaciones. De hecho, empezaron a convocar y contratar a grupos de investigación con la intención de controlar sus resultados. Los grupos académicos no estaban de acuerdo con que los temas fueran acotados, ni con las metodologías impuestas, e incluso en Estados Unidos “hubo una preocupación considerable de que [los] funcionarios del gobierno, que disponían de grandes sumas de dinero, forjaran y deformaran a las ciencias sociales, así como sus funciones de construcción de teorías y conocimiento” (Wittrock, 1999a: 438).

Este ejemplo nos permite observar cómo en Europa y Estados Unidos había disonancia entre los valores, creencias y pautas de interacción del *ethos* de la disciplina y los del entorno en la orientación que se le intentaba dar al conocimiento. La comunidad científica entraba

en conflicto de intereses con el Estado, cuestión que se manifestó en la preocupación de los investigadores y en su negativa a los ofrecimientos de investigar bajo pautas ajenas a las acordadas por ellos.

Ante la renuencia de los académicos, los contratos de investigación terminaban a veces en organizaciones lucrativas con calidades diversas. Por otro lado, los gobiernos dejaron de demandar y de darle importancia a las investigaciones sociales, pues consideraban que no permitían orientar claramente las políticas. Esperaban demasiado de sus hallazgos y de sus alcances, pues aun cuando los estudios estaban bien definidos y dirigidos, los resultados mostraban muy pocas diferencias ante las distintas alternativas explicativas del sentido común. La varianza observada entre las variables explicativas resultaba muy reducida, los modelos tenían poco poder de predicción y los resultados probabilísticos no resultaban ser las guías para la acción buscadas por los formuladores de las políticas.

En América Latina el tema central lo fue el desarrollismo nacionalista que provenía de la comunidad internacional, con sede en la Comisión Económica para América Latina (Cepal), órgano de las Naciones Unidas que fue determinante en las ideas políticas de la región y en el desarrollo de las ciencias sociales. La Cepal propuso un paradigma interpretativo que fundamentaba su discurso político en el desarrollo. Este tema le permitía a América Latina tener un lugar singular en el desenvolvimiento del sistema capitalista y un foro intergubernamental para la discusión entre los países de la Comisión (Hodara, 1987).

El concepto de desarrollo aludía a un problema de tipo técnico. El supuesto que subyacía a esta visión era que, cuando los países latinoamericanos modernizaran su aparato estatal eliminarían las barreras que impedían la industrialización y desarrollarían instrumentos de política económica (Castañeda, 1990), y sólo entonces saldrían del subdesarrollo, pues se tenía la hipótesis de que el problema del desarrollo era una cuestión de transición y que todos los países pasaban por la misma evolución hasta llegar a ser desarrollados; es decir, se ubicaba y delimitaba a la problemática social latinoamericana como propia del subdesarrollo, el cual se creía que podía ser superado con diversas estrategias y acciones.

Entre los trabajos producidos destacan los de Raúl Prebisch y colaboradores quienes, entre otras cosas, enfatizaban la necesidad de adaptar y combinar el conocimiento tecnológico internacional para enfrentar los problemas de América Latina; de definir prioridades

desde el punto de vista de la planificación económica y de organizar los programas de investigación para responder a esas prioridades (Vessuri, 1996). Estas tareas requerían de un tipo de especialistas, los “ingenieros sociales”, capaces de desarrollar políticas de desarrollo y programas de modernización.

El impacto del pensamiento cepalino se observó en las acciones económicas formuladas, que se articularon en instrumentos y políticas de promoción del desarrollo económico en lo que conocemos hoy como “industrialización”. Por otro lado, en este marco se requería de discursos nuevos y de profesionales de las ciencias sociales que sostuvieran con datos empíricos las estadísticas sociales, pues desde esta visión los problemas sociales eran vistos como expresiones de “atraso”. Cabe agregar que los científicos sociales que trabajaban en este marco teórico podían contar con apoyo para investigar por parte de la Cepal.

Un ejemplo es que en algunos países de América Latina, concretamente en Brasil y Argentina, se creó un pequeño número de instituciones de élite en docencia e investigación, apoyadas por fundaciones internacionales, que sirvieron de modelo de inspiración para las reformas que se intentaron más tarde en el ses de algunos países de la región.

En México la investigación científica estuvo ligada a la Facultad de Ciencias de la UNAM y a una serie de medidas para legitimar el papel de investigador de tiempo completo. Llama la atención que, en este momento, a diferencia de los países de Europa y de Estados Unidos esta confluencia en los modelos culturales de la comunidad científica y del Estado se manifiesta cuando se inició la construcción de la universidad en 1951; el primer edificio que se construyó fue el de la Facultad de Ciencias para impartir docencia y, después, la Torre de Ciencias, donde se asignó espacio para los institutos de investigación científica (Vessuri, 1996). Los valores y las creencias estaban en el mismo tono, aunque los recursos no fueran suficientes. Los académicos contaron con espacios, aunque el presupuesto para investigación fuera escaso. Quizá se esperaba que ellos obtuvieran los medios para desarrollar la investigación, pues a algunos académicos ya se les contrataba de manera exclusiva para hacerla.

Debido a la influencia estadounidense, en la docencia se puso el acento en la enseñanza de técnicas estadísticas; sin embargo, fueron pocos los científicos sociales especializados en estadística aplicada

a los problemas sociales. La influencia europea fue más fuerte en México tal vez porque los interesados en hacer posgrados se inclinaban por realizarlos en Europa, cuya orientación era hacia el análisis cualitativo con arraigo en la historia y en la ciencia política.

En el entorno internacional los cincuenta fueron los años de la Guerra Fría, y en algunos países cundía el temor de la expansión de la influencia de la Revolución Cubana. En Estados Unidos incluso se despertó el interés en el modelo político mexicano. Los académicos estadounidenses analizaban la situación mexicana y evaluaban el camino para transitar del autoritarismo a la democracia desde una base estructural funcionalista. La hipótesis que sostenían era que los cambios estructurales logrados por el movimiento revolucionario ya habían permitido el “despegue económico” del país (Meyer y Camacho, 1979).

En la escena política mexicana tenían en ese momento lugar movimientos de trabajadores de la enseñanza, ferrocarriles, Petróleos Mexicanos y de telégrafos que exigían aumentos salariales y respeto a su voluntad de elegir democráticamente a sus directivas sindicales. La respuesta fue represiva y provocó el cuestionamiento de los intelectuales sobre la posibilidad de llevar a la práctica el programa heredero de la esencia popular de la Revolución de 1910 (Arguedas y Loyo, 1979). Estos acontecimientos, aunados a sucesos como la Revolución Cubana, cambiarían el clima ideológico y político prevaleciente. Los intelectuales y los universitarios los acogieron con mucho interés y entusiasmo por su carácter nacionalista y por su inclinación antiimperialista.

La presencia de la primera revolución socialista de América Latina se hizo sentir, sobre todo, en el Movimiento de Liberación Nacional, que intentaba aglutinar diversos grupos de izquierda en un programa que planteaba la necesidad de que la Revolución Mexicana volviera a sus cauces populares (Arguedas y Loyo, 1979). Su influencia política se manifestó en los estudiantes universitarios de izquierda y fue como un catalizador para asumir posiciones radicales. En el plano académico, esta situación convergía con situaciones conflictivas de América Latina y reforzaba un enfoque global entre los científicos sociales que se manifestó en el aumento de la productividad sociológica.

A manera de síntesis se puede decir que después de la Segunda Guerra Mundial y hasta los años sesenta las ciencias sociales se de-

sarrollaron a un ritmo sin precedentes. En América Latina y en México este hecho se manifestó en los recursos canalizados a los programas sociales de los gobiernos y al creciente sistema de educación superior; hubo pues un impulso a la tarea de análisis y asesoramiento de políticas, así como a la preparación profesional y académica en las disciplinas sociales, además de que se consideraba como nunca antes a la producción científico-social en la toma de decisiones.

En los cincuenta confluyeron las cosmovisiones científicas, políticas y del entorno en la orientación que se le daba al conocimiento. Se planeaba y se modelaba el conocimiento social de acuerdo con políticas sociales y económicas específicas, con la intención de promover el bienestar social y el crecimiento económico. Para fines de los sesenta el centro de interés de los científicos sociales ya estaba cambiando. Los resultados de las investigaciones se fueron presentando y los movimientos y conflictos sociales comenzaron a cuestionar su utilidad.

COSMOVISIONES ENCONTRADAS, NUEVAS DISCIPLINAS Y POLÍTICA CIENTÍFICA (1960-1980)

La dinámica social que ya se había desatado y que tuvo manifestaciones en amplios sectores de las disciplinas científicas y en las condiciones del juego competitivo cambiaba si cesar. El desarrollo de capacidades locales en ciencia y tecnología, en la industria, en la gerencia y en las destrezas que se introdujeron de fuera transformó las estructuras sociales locales y creó nuevos conjuntos de actores. En el plano académico aumentó la receptividad para reforzar un enfoque global para ubicar al país en una geografía y en una historia en la que se compartieran características y orientaciones.

En América Latina y en el *corpus* del conocimiento de las ciencias sociales apareció en escena la teoría de la “modernización”, desde la perspectiva estadounidense, que buscaba darle un lugar privilegiado a la investigación empírica. Esta última fue impulsada por Gino Germani, cuya visión se orientaba a lograr mayores niveles de autonomía, autoconfianza y justicia social. Con ella empezó a aparecer la expresión de “problemas populares”, aunque todavía no se desagregaba la significación concreta de las situaciones y conflictos de clase.

En 1965 se marcó en México un parteaguas en el desarrollo de las ciencias sociales, cuando Pablo González Casanova publicó el libro *La democracia en México*, en el cual trataba de explicar la inconformidad de amplios sectores de la población y la falta de medios para expresarla. Advertía que los obstáculos políticos tenderían a convertirse en económicos y que sólo mejorando la distribución del ingreso se podría seguir buscando el progreso económico. Planteaba que para lograr la redistribución del ingreso había que brindarle poder político a quienes nunca lo habían tenido, es decir, a la mayoría de la población (Meyer y Camacho, 1979).

González Casanova trató de mostrar que su posición era válida tanto desde el punto de vista marxista como desde el estructural funcionalista, y aseguró que entre los cambios necesarios para que el sistema fuera viable estaba darle contenido a la democracia formal en México. Su discurso partía de una definición formal de los problemas, y en su desarrollo fue probando o refutando sus propias tesis, avanzando mediante el método de la contrastación empírica hacia niveles de mayor generalidad, dando en definitiva cuenta de las causas de los fenómenos que se investigaban sin apelar a valores políticos o ideológicos como fundamento del discurso. En concreto, se planteaban hipótesis que luego eran puestas a prueba empíricamente, se hacían señalamientos de los problemas que afectaban a la sociedad y se proponían líneas de acción tendentes a formular soluciones a esos problemas (Arguedas y Loyo, 1979; Reyna, 1979; Castañeda, 1990).

De esta forma se construía una cosmovisión y una representación social de lo que podía llegar a dar pauta a las ciencias sociales. La obra de González Casanova tuvo impacto en varias disciplinas sociales, especialmente en la sociología, al grado de que se la llegó a definir como estructural y causal (Castañeda, 1990) y sin duda marcaría un cambio en la manera de hacer investigación. En ese mismo 1965 Rodolfo Stavenhagen escribió un artículo que apareció en el periódico *El Día* titulado “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”. En él criticaba lo que se entendía como la interpretación dominante de la realidad latinoamericana y convocaba a una nueva evaluación de la misma en su marco estructural. La perspectiva estructural que utilizaba le permitió establecer la relación entre lo tradicional y lo moderno como un problema presente, además de que le dio una nueva dimensión a la cuestión indígena y campesina (Castañeda, 1990).

No es fácil que la comunidad académica acepte una visión innovadora y una forma distinta de entender los problemas que la ocupan, pues hay todo un proceso de por medio para poder vencer la resistencia que oponen los colegas encargados de resguardar el cuerpo de conocimientos existente ante lo nuevo, y para lograrlo se requiere transitar un camino complejo que toma un tiempo relativamente largo (Becher, 1996). Las teorías de la Cepal –la de la modernización y hasta cierto punto la de la democratización impulsada por González Casanova– provienen del paradigma teórico estadounidense y de acontecimientos como la Revolución Cubana, que cuestionaron esa cosmovisión y permitieron plantear una nueva con base en una actitud subyacente que consistía en la producción de un pensamiento liberador. El cambio de cosmovisión implicaba el desarrollo de un marco analítico nuevo en los distintos espacios en que más impactaba al *ethos* de la comunidad disciplinar de las ciencias sociales: sus teorías y metodologías.

En México, desde la mirada del funcionalismo estructural se construyó un vocabulario, una estructura conceptual y una metodología que se pusieron a prueba en el análisis de los problemas identificados. Se realizaron estudios que abordaban los problemas desde perspectivas teóricas y metodológicas diversas y que lograron no sólo fortalecer las explicaciones sino que concretaron en categorías y métodos de análisis innovadores. También se pudo hacer un recuento de tópicos y temas que permitieron construir un gran inventario de la realidad nacional.

Las condiciones parecían estar puestas para dar rumbo a las disciplinas científico-sociales, tanto en las sociedades latinoamericanas como en la mexicana, pero no fueron suficientes. Tal vez esta nueva manera de investigar era convincente, pero requería de tiempo y de recursos cognitivos con los que no contaban la mayoría de los científicos sociales del momento.

Por otro lado, el objeto de estudio de las disciplinas sociales es el hecho social, razón por la cual su práctica es compleja. Los hechos sociales que estaban teniendo lugar en la época cuestionaban las políticas sociales y económicas que buscaban el bienestar social y el crecimiento económico. La situación imperante demandaba la solución a un crecimiento económico sin equidad social, caracterizado por aumentos constantes en el endeudamiento público y por profundos desequilibrios regionales y sectoriales; por una industrialización que

lo era sólo para el mercado interno; por la falta de liderazgo empresarial y por un sesgo hacia el consumo de bienes de lujo que incluso eran más caros que en los países industrializados (Vessuri, 1996).

En el telón de fondo de las ciencias sociales se empezó a notar un proceso de avance en el tratamiento de las cuestiones populares y se introdujeron explicaciones de corte marxista. En ese momento los temas más estudiados y publicados en México fueron sobre trabajadores industriales y sobre servicios petroleros, ferrocarrileros y mineros. El *ethos* del entorno, encarnado en los gobiernos, los hacedores de políticas y la sociedad, esperaba explicaciones y estrategias para cambiar la situación de partida del país y alternativas para mejorarla.

En América Latina, Cardoso y Faletto (1969) introdujeron la noción de dependencia en la discusión y la polémica en todos los medios científicos y sociales. Esta categoría trató de dar cuenta de la especificidad latinoamericana con la idea de que las sociedades de la región se definen por su relación subordinada en un sistema económico internacional que acumula recursos, capacidad de inversión y decisión en el centro, y de que el crecimiento general del sistema va acompañado de una desigualdad centro-periferia (Girola y Olvera, 1994). Este concepto se constituyó en un enfoque global para el análisis de las estructuras económicas, sociales y políticas del capitalismo latinoamericano.

Bajo este enfoque la comunidad disciplinar tuvo un cambio en la conceptualización del objeto de estudio; se observaba a la sociedad en su conjunto y no a un fragmento de ella, al tiempo que se remitía a una tradición intelectual en la que se adaptaba el marxismo al contexto latinoamericano y se ponía el acento en el sistema de dominación para explicar globalmente la estructura social. El concepto de dependencia colocaba la influencia externa en lo interno y le daba al Estado una posición central en el desarrollo capitalista, pues representaba al sistema de dominación que condensaba las presiones de grupos y clases sociales (Girola y Olvera, 1994).

La orientación en las explicaciones consistía en identificar los conflictos importantes y la manera de intervenir de los actores centrales. Debajo de esta visión estaba el supuesto de transitoriedad de la dominación y explotación capitalista que provenía de la teoría marxista de la revolución.

En México el marxismo que orientaba a los investigadores de ciencias sociales se montaba en un principio en las interpretaciones europeas, principalmente italianas, como las de Gramsci, pero fueron

perdiendo terreno ante las inspiradas por el estructuralismo francés difundido por Althusser y sus contestatarios. Este tipo de marxismo se caracterizaba por negar la existencia de actores con capacidad constructiva y reivindicar el carácter determinado por la totalidad de las relaciones sociales de los sujetos (Girola y Olvera, 1994). De ahí que la contradicción entre clases sustituyera a la contradicción entre naciones. Se mantenía a las clases sociales y a la nación como elementos paralelos en el análisis. Los países desarrollados daban valor a los subdesarrollados en función de los productos que tenían y, como no había forma de que se desarrollaran, dada la escasez crónica de recursos, se optó por la sustitución de importaciones.

La influencia de los científicos sociales en el *ethos* del entorno fue evidente, pues esta aproximación tuvo consecuencias en acciones del mercado, como lo fueron la prioridad que recibió la manufactura local de productos finales, la adopción de un patrón general de industrialización y la sustitución de importaciones. Todo esto, a su vez, repercutió en las acciones de los gobiernos, que destinaron menor inversión a la investigación y crearon una fuerte dependencia tecnológica, pues la tecnología se adquiría en otros países a través de equipos que incluían los procedimientos. Esta situación se manifestó en la ausencia de protección a los bienes de capital y en la falta de estímulos a las inversiones en ciencia y tecnología, al grado de que la inversión local resultaba muy cara.

Es dado este contexto que en parte se puede explicar el desarrollo tardío de los posgrados en los establecimientos del SES, la estructura marginal de la investigación, la lentitud en el desarrollo experimental y la baja participación empresarial en el apoyo financiero a estas actividades. Desgraciadamente estos factores todavía son visibles en la actualidad (Vessuri, 1996).

Las universidades eran, como parte del SES, las piezas centrales del modelo adoptado para las políticas científicas nacionales y el espacio en el que se intentó su aplicación explícita. La tarea que se les asignó fue formar una infraestructura científico-técnica, pues se suponía que al alcanzar una cierta masa crítica se generarían esfuerzos para explotar oportunidades de desarrollo en la región y que, con base en la ciencia y la tecnología, se producirían los recursos cognitivos y las materias primas para aumentar la productividad.

En México el impacto de este marco conceptual en el *ethos* disciplinar de las ciencias sociales se puede observar en las publicaciones

académicas; emergieron entonces acuerdos tácitos entre los investigadores alrededor de conceptos que ordenaban el momento en torno al Estado y a las clases sociales.² En el país surgía un discurso sociológico que criticaba de manera aguda a las bases institucionales del pacto social revolucionario y denunciaba las promesas no cumplidas. Esta crítica tenía un doble sentido: por un lado desvalorizaba las formas tradicionales de la concentración política, y por el otro construía una nueva forma de legitimidad social.

El fuerte ataque al tipo de explicación que se ofrecía y a los métodos utilizados por algunos científicos sociales para buscar una lógica que fundara racionalmente lo que sucedía en los países de América Latina y el “escepticismo organizado”,³ que en términos de Robert Merton se presenta en algún momento del desarrollo de las ciencias, dieron un nuevo rumbo a las ciencias sociales. El reconocimiento de la crisis del Estado se reflejó en el discurso social y la sociología adquirió un papel preponderante en la vida pública. Como lo dice Castañeda (1990), la sociología se convirtió en la principal denunciante de la corrupción de la burocracia sindical, de la manipulación corporativa, de la marginalidad, del subempleo, de la hipertrofia humana, de la explotación campesina, etcétera.

El marco de esta denuncia, el marxismo académico, tenía como interlocutor al Estado y no a la clase obrera. El marxismo como teoría y como ideología movilizadora constituyó un pensamiento comprometido con la crítica social en el nombre de la salvación de la nación misma. En este sentido, los estudiantes y profesores en México y en otras partes del mundo formaron parte de un movimiento que sacudió a las instituciones académicas y que cuestionó no sólo los principios y objetivos del saber, sino incluso el sentido mismo de la formación en ciencias sociales. La profundidad y las consecuencias de estos sucesos fueron muy importantes en el mundo y en México (Girola, 1996).

En síntesis, en el periodo de 1960 a 1980, al que se denominó de la “latinoamericanización” de las ciencias sociales, se interpretaba

² En la *Revista Mexicana de Sociología* hay varios estudios sobre temas que se refieren al análisis estructural en México, en los que aparecen las categorías más usuales de la teoría de la dependencia y del marxismo estructural.

³ El escepticismo organizado es un concepto planteado por Merton (1992) que se refiere al cuestionamiento y duda sobre todo nuevo conocimiento que pretende erigirse en conocimiento científico por los miembros de la comunidad científica.

a través de un esquema explicativo subyacente, se cuestionaban los modelos teóricos de la sociología del desarrollo y se construían las teorías de la dependencia y teorías marxistas con distintos matices. Las ciencias sociales se caracterizaron por la búsqueda de ejes ordenadores de la acción colectiva, ya fueran éstos determinantes estructurales (la lógica del capital, el carácter monopolista dependiente del capitalismo, etcétera.) o agentes privilegiados del cambio social (el Estado, las clases sociales, etcétera).

Ante lo sucedido en América Latina y en México, las orientaciones en ciencias sociales procedentes del ámbito internacional provocaron una reacción negativa respecto de los métodos y enfoques que provenían de las teorías desarrollistas impulsadas por Estados Unidos y se tradujeron en un “no rotundo” a la manera en la que ellos entendían los problemas sociales.

El cambio de enfoque devino en un movimiento intelectual que se caracterizó por el intento de recuperar y especificar teorías y enfoques europeos, principalmente de Marx y Weber, para aplicarlos a la realidad latinoamericana. Metodológicamente dicho cambio se manifestó en la construcción de un vocabulario, de una estructura conceptual y en el uso del dato histórico cualitativo para reconstruir periodos diversos. Se cuestionaba tanto el uso de técnicas como la encuesta, por considerarse que los datos estaban fijos en un punto del tiempo, como a todo problema que no se inscribiera en la dinámica de la sociedad como un todo.

Desde el territorio del entorno, particularmente del ses, existieron intentos ambiciosos por cambiar las estructuras universitarias. En un principio se le otorgó un papel central a la investigación científica y tecnológica en la planificación económica y social. La investigación científica recibió de hecho un fuerte impulso en los sectores público y privado, así como en los centros dedicados a la investigación. En las instituciones de educación superior (IES) se adoptó el modelo estadounidense de institutos centralizados y organización departamental. La formación del posgrado empezó a figurar como componente regular de los programas universitarios. Incluso se logró que algunos investigadores tuvieran empleo de tiempo completo en una escala mayor y se bajaron los requisitos para ingresar a la educación superior.

El ses creció y la masificación empezó a causar serios problemas a las universidades. Entre otras cosas, los presupuestos dejaron de ser

suficientes para atender a tantos. Se empezó entonces a buscar financiamientos fuera de los propios centros de educación superior, provocándose con ello que se redefinieran prioridades y se reorientara a la investigación (Vessuri, 1996) desde el *ethos* de los organismos financieros.

Este periodo se caracterizó por constituirse en la era de la política científica (Vessuri, 1996). En el telón de fondo, como ya se advertía en la primera parte de este trabajo, fueron frecuentes los desarrollos contradictorios cuya dinámica social se orientaría a la expectativa de construir sociedades más justas y equitativas. En este contexto, se desarrollaron capacidades locales en ciencia y tecnología que influyeron en las estructuras sociales, aparecieron nuevos actores y se le otorgó mayor importancia a la negociación. Empezaron también a funcionar los organismos de planificación económica y social, aunque con limitaciones serias que se pueden observar en los respectivos informes, en aspectos tales como la falta de coordinación institucional; la incoherencia en los planteamientos para el corto, mediano y largo plazos, y la ausencia de personal, de estadísticas y de proyectos adecuados (Vessuri, 1996).

EL SISTEMA DE EDUCACIÓN SUPERIOR Y LA DIVERSIFICACIÓN DISCIPLINARIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN LAS INSTITUCIONES ACADÉMICAS EN MÉXICO

La intención de rastrear el conocimiento en el ses y de considerar la diversificación disciplinaria es entender la manera en la que se seleccionaba, se organizaba, se interpretaba y se daba sentido en cada momento a la complejidad de las ciencias sociales, para así contar con algunos puntos de guía para intentar conocer cómo fue que se convenció y se actuó con sentido desde una situación amorfa, problemática y poco definida. El conocimiento se fue enmarcando y apreciando según los sistemas de valores, preferencias, normas e ideas que respondían al contexto, y las instituciones guiaron sus acciones y procuraron hacer coherente ese conocimiento con el mundo en el que se vivía.

Para entender quiénes, cómo y dónde se fueron trabajando los temas de ciencias sociales es preciso remontarnos a los años cincuenta, cuando los temas sociales eran en general tratados en las IES, general-

mente por juristas e historiadores, y eran muy pocos los trabajos realizados desde otros enfoques. En 1939 se creó el Instituto de Investigaciones Sociales, y en 1951 se fundó en la Universidad Nacional Autónoma de México la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales (ECPS).

En su primera etapa la ECPS centró su actividad en cuatro especialidades: ciencia política, sociología, periodismo y diplomacia. Los profesores construyeron en estos espacios sistemas apreciativos a partir de los cuales los estudiantes se convertían en eruditos o en activistas políticos, que fueron contribuyendo al conocimiento científico desde sus propios “enmarques”.

Los profesores provenían de las disciplinas que tradicionalmente examinaban los fenómenos políticos, la historia y el derecho, aunque algunos eran egresados del Seminario de Ciencias Políticas de El Colegio de México (Meyer y Camacho, 1979). El papel de la ECPS parecía ser en ese momento el de una escuela formadora de cuadros.

En 1955 empezaron a aparecer las primeras investigaciones y esfuerzos teóricos en la *Revista mexicana de ciencias políticas* de la ECPS, en cuyos artículos se enmarcaba y daba forma a las realidades de los mundos en los que se vivía. Ya hacia el final de la década la revista fue haciéndose más especializada en temas de política.

Para los sesenta los rasgos que hacían coherente a la realidad con las estructuras mentales, apreciaciones e interpretaciones de las situaciones problemáticas eran de tinte marxista; los temas dominantes eran los análisis sobre clases sociales, estructuras socioeconómicas, naturaleza del Estado y sistemas políticos nacionales (Meyer y Camacho, 1979). En esa y en otras revistas pioneras como la *Revista mexicana de sociología*, *Análisis económico*, *El trimestre económico* y *Cuadernos americanos* (Paoli, 1990) se ofrecían los marcos evaluativos dentro de los cuales se juzgaba cómo actuar. La cosmovisión guiaba las prácticas personales, académicas y políticas.

Justo en esta década la práctica y la enseñanza de las ciencias sociales comenzó a adquirir una estatura peculiar, sobre todo cuando se designó al doctor Pablo González Casanova como director de la ECPS (Jeannetti, 1990). En 1958 se modificaron los planes de estudio de ciencias políticas y administración pública originales. En dichos cambios se notó la preocupación por la teoría especializada y por el dato empírico.

Cabe mencionar que en 1957 se fundó en Santiago de Chile la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), en la cual se

formaron varios científicos sociales mexicanos y cuya influencia se sintió fuertemente en la segunda mitad de los sesenta. Algunos egresados de Flacso y de otras instituciones extranjeras fueron los futuros profesores e investigadores sociales; eran jóvenes que a su regreso renovaban planteamientos académicos e introducían las discusiones de otros lugares y de otras disciplinas en sus establecimientos de adscripción.

Así, por aproximaciones sucesivas, se fueron conformando las que llegarían a ser las diferentes “escuelas”, donde la influencia de una teoría tenía repercusiones no sólo en la “corriente” en la que se había producido, sino también en otras disciplinas. Una muestra de ello puede encontrarse en la influencia que la economía de orientación “cepalina” tuvo sobre la sociología para desembocar en la teoría de la dependencia, y en que esta sociología, a su vez, aportó su dosis a la ciencia política (Torres, 1990).

En la práctica académica se produjeron cambios abruptos en las viejas formas de enseñanza y se armaron esquemas académicos modernos. Se modificaron los *curricula* y se introdujeron nuevos cursos. Las ciencias sociales en México lograron construir una infraestructura institucional tanto educativa como de investigación. Se creó el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, que en 1973 inició su programa de doctorado en sociología. Se fundó la Universidad Autónoma Metropolitana en 1974, con programas de formación de sociólogos profesionales en sus tres unidades y de economistas en dos, Iztapalapa y Azcapotzalco. La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) creó sus escuelas nacionales de estudios profesionales y en dos de ellas, Acatlán y Aragón, se impartía la carrera de sociología. Entre los programas de licenciatura en economía se instrumentaron el del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) y el de la Universidad Autónoma de Nuevo León. A nivel posgrado se abrieron la maestría del Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE), y los doctorados de El Colegio de México y de la UNAM.

En el *ethos* de las instituciones de educación superior los académicos, en su rol profesional de transmitir conocimiento a través de la docencia, de generar conocimiento por medio de la investigación y de divulgarlo a la sociedad, tenían que construir un marco teórico conceptual, un “enmarque”, y compartir ideales no sólo en términos del avance del conocimiento sino también compromisos como

la defensa de la autonomía universitaria y la libertad de cátedra (Grediaga, 2000). Para poder acceder al rol de académicos requerían, además, de un conjunto específico de habilidades y de saberes de la disciplina social, así como colaborar en la construcción de procedimientos, reglas y principios éticos compartidos en el establecimiento.

La realidad, construida con base en signos, símbolos y lenguajes, ofreció cursos de acción, y los académicos crearon un sistema de regulación que ellos mismos instrumentaron para los procesos de acceso, permanencia, promoción y diferenciación del estatus entre sus integrantes (Grediaga, 2000). La participación en la definición y regulación de la actividad académica implicó decisiones sobre la organización de funciones y sobre el acceso y permanencia de académicos a las IES, así como también llegar a acuerdos sobre los criterios para la evaluación de los pares y sobre el sistema de reconocimientos y recompensas entre los académicos de la institución.

En el entorno, específicamente en el ámbito del Estado, se buscaba construir acuerdos sobre la manera de examinar los hechos y determinar rumbos. Por esta razón se creó el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECOSO), para establecer un sistema permanente para monitorear las actividades de investigación científica y proponer líneas estratégicas de acción, principalmente en aquellos puntos donde se presentaran obstáculos para el desarrollo de la actividad académica. COMECOSO se fundó en 1977 con la participación de casi todas las IES pertinentes, con la finalidad de que desde sus sistemas apreciativos particulares precisaran situaciones y acordaran acciones. Entre las IES que fundaron este organismo figuraban la UNAM, El Colegio de México, la UAM, la Universidad Iberoamericana (UIA) y algunas universidades de provincia. Entre las funciones que realizaron se cuentan la organización de grupos de investigación y el desarrollo de planes de posgrado. Entre las disciplinas que en ese momento impulsaron y mayor auge tuvieron se pueden señalar la economía, la antropología y la historia (Perló, 1994).

En 1984, el Estado requería de otro marco de políticas con una nueva visión de la realidad y distinta apreciación social. Se creó entonces el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) para impulsar a la ciencia como eje del desarrollo del país y crear algunos centros de investigación en el interior de la república.

Los grupos de interés de estudiosos que trabajaban con distintas cosmovisiones condujeron a diferentes maneras de entender el mun-

do y a crear múltiples realidades sociales. Las personas comenzaron a adoptar distintos marcos analíticos e ideológicos que los condujeron a ver e interpretar las cosas de formas distintas y en consecuencia a impulsar estrategias que apoyaban cursos de acción particulares sobre lo que se debía hacer, cómo se debía hacer y quiénes lo debían hacer y, por lo tanto, a construir distintos enfoques disciplinarios.

Algunos ejemplos de la diversificación disciplinaria en los espacios sociales mexicano y latinoamericano fueron la emergencia y la organización de disciplinas que se caracterizaron por tener, en un principio, elementos desarticulados entre sí, así como dinámicas sociales diversas y contradictorias, como lo fue el caso de la comunicación social (Fuentes Navarro, 1990).

El estudio de la comunicación social tuvo frustraciones y, a su vez, un esfuerzo de reorientación de las energías, de recuperación, de creación de caminos y de reformulación de proyectos. Una muestra de ello lo fue el esfuerzo por legislar el derecho a la información, que concluyó en un rotundo fracaso en 1982. Sin embargo, surgieron nuevos elementos para consolidar la disciplina. Entre ellos destacan nuevos desarrollos conceptuales, como la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas, así como la incorporación de nuevas tecnologías, por ejemplo los satélites y la telemática, que generaron preocupaciones teóricas (Fuentes Navarro, 1990).

Otro ejemplo es el surgimiento de la disciplina de relaciones internacionales en 1951 en la UNAM, en particular en la ECPS, con un área de estudios diplomáticos que en 1967 subrayaba una nueva orientación de las ciencias políticas y sociales y se convertía en la licenciatura de relaciones internacionales. La difusión de su producción especializada estuvo a cargo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, que contiene al Centro de Estudios Internacionales, y que inició la publicación de una revista académica muy reconocida en América Latina: *Foro internacional*. Los estudios internacionales empezaron a cobrar importancia en la formación y en la producción académica y se crearon los primeros centros especializados, como el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México.

La disciplina académica de las relaciones internacionales tiene poco tiempo de practicarse en México; representaba una tradición de pensamiento compartido de varias disciplinas, y se constituyó como una nueva alternativa dentro del dominio del pensamiento de las ciencias sociales. Se organizó como disciplina autónoma cuan-

do se tuvo la visión de que en el mundo habían dos superpotencias, se produjo un despertar de los países coloniales y aparecieron las armas nucleares (Cuadra, 1990). Era en este contexto que el especialista en relaciones internacionales se distinguía de los otros científicos sociales, porque podía resolver problemas que iban desde lo económico y lo aduanero hasta los derivados de las divergencias culturales entre los países. Estos profesionales consideraban como variables de análisis todo lo referente a la economía, la demografía y la antropología social, y orientaban sus esfuerzos a la negociación.

En la producción académica sobre las relaciones de México con el exterior se mantuvo un carácter objetivo que no perdió para nada su trasfondo defensivo y antiimperialista. La investigación, por la relación con Estados Unidos, se ha mantenido, y el denominador común en la formación de los científicos sociales de esta disciplina ha sido apuntar los caminos viables. Las ideologías, las interpretaciones y las metodologías han aportado distintos marcos evaluativos: el de la corriente de izquierda ha sido la crítica sistemática de toda situación que se oponga al desarrollo independiente y a la libertad internacional del país, y el de la derecha busca lograr un lugar en el proyecto internacional ante el temor de quedar fuera del mismo.

Como se puede observar, las cosmovisiones detrás de las disciplinas y de las instituciones están contenidas en marcos que nos hacen suponer que son válidas y que las normas implícitas y hasta consensuadas nos dejan juzgar lo que es adecuado para interpretar, entender y actuar. Las proposiciones normativas del enmarque permiten poner en marcha programas de investigación como los de El Colegio de México, la UNAM, la UAM y el CIDE, y hasta la creación de centros de investigación multidisciplinarios que apoyan a la investigación y contribuyen a un conocimiento especializado y más profundo de las ciencias sociales.

LA INFLUENCIA DEL ENTORNO Y FINANCIAMIENTO DE LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICO-SOCIAL (1980-2000)

A partir de la década de los ochenta y hasta nuestros días los cambios marcan un nuevo periodo; en casi todo el mundo se produjo un giro en la política que redujo el compromiso con el Estado bene-

factor.⁴ El gobierno intervino menos en la economía y en los problemas sociales e, incluso, privatizó, desreguló y vendió empresas y servicios del gobierno. En las naciones con dificultades financieras se recortaron presupuestos y se redujeron los programas sociales.

La falta de recursos afectó de manera negativa el patrocinio a las ciencias sociales por parte de los gobiernos por las razones siguientes: a) la competencia directa por recursos económicos de los sectores del gobierno como salud, educación, ciencia y tecnología; b) parecía innecesario el conocimiento social ante la falta de programas de trabajo para los sectores sociales; c) la sensación de insatisfacción, en la década anterior, por no haber cumplido con las promesas optimistas de los científicos sociales, que provocaba que no se generara la demanda por investigaciones académicas para sustentar esfuerzos de los gobiernos, y d) el giro de la política permitió el establecimiento de gobiernos conservadores.

En América Latina las limitaciones económicas fueron muy severas y se manifestaron crisis en los sistemas educativos en todos los niveles, poniendo en seria dificultad al sistema productivo y social. La influencia del espacio y del entorno en los establecimientos del sistema de educación superior, específicamente en las universidades tradicionales y bien establecidas que históricamente albergaron a los grupos de investigación, produjeron un deterioro progresivo. Las pequeñas comunidades de investigadores tuvieron que competir con un estrato cada vez más numeroso de docentes que accedieron a la dedicación exclusiva y a la estabilidad en el empleo, aunque no todos ellos hicieron investigación.

Entre las estrategias que derivaron en pautas de comportamiento de algunos académicos para seguir investigando, dadas las dificultades y la falta de recursos, figuraron: la organización de su trabajo fuera de las universidades; la tendencia a establecer comunicación con colegas del exterior que estaban al día en el conocimiento de punta y a colaborar con ellos; la extensión de la práctica de quienes

⁴ Fuentes Molinar presenta algunos puntos importantes sobre el presente y el futuro de la universidad pública mexicana, en los que reconoce algunos problemas en el cambio de la agenda política y advierte una nueva actitud del gobierno ante la universidad pública, a través de la instrumentación de políticas. La referencia que hace al “Estado benefactor” se relaciona con la actitud gubernamental observada en el cambio de la agenda política durante el salinismo. Dicho cambio consistió en el reconocimiento de viejos problemas junto con la emergencia de nuevos temas, en los que se dejaba atrás una época de patrocinio y negligencia benignos y se construía una nueva relación entre el gobierno y las esferas sociales.

trabajaban en grupos a instrumentar programas de posgrado dentro de sus propios establecimientos (Vessuri, 1996). Sin embargo, las diferencias en la calidad entre los posgrados internacionales y los locales eran notables y muchos de estos últimos fueron desapareciendo.

Con todo, el interés por los problemas relevantes que se investigaban en los países desarrollados seguía influyendo de manera importante en la práctica de algunos académicos de América Latina y, por ello, se mantuvo el viejo mecanismo de becar a estudiantes brillantes en los programas de posgrado de esos países (Wittrock *et al*, 1999) cuando había fondos y oportunidades disponibles.

Cabe señalar que la situación en el ses y en el desarrollo de las ciencias sociales fue distinta en México y en Brasil que en el resto de los países latinoamericanos, pues en estos países se instrumentó con más éxito y con mejor calidad el posgrado (Vessuri, 1996). Esto quizá se explique por el número de investigadores y de instituciones, pues siguiendo los argumentos de Becher (1996), mientras más investigadores existan en el país mayor es la posibilidad de que se conformen grupos que se concentren en problemas más específicos, especializados y de tratamiento más fino dentro de la disciplina, que en los países donde hay menos investigadores.

Además, en los países alejados de las cuestiones sobre el conocimiento de punta los científicos sociales se dedican a asuntos más generales, tienen poca relación con los problemas más selectos y se dispersan más los esfuerzos. Esta situación, aunada al hecho de que las problemáticas del conocimiento de punta requieren de mayor precisión, provoca que los planteamientos de estas élites no sean prioritarios para los investigadores de países con menor desarrollo en la investigación social y que no se distingan esas especificidades, además de que no se les destinen recursos cognitivos, económicos y de tiempo para su investigación (Becher, 1996).

Este argumento tiene dos aristas: la primera se relaciona con la dinámica de la actividad académica que se desarrolla en los grandes y complejos establecimientos donde se concentran los investigadores y los recursos. La segunda ofrece un marco analítico para explorar la relación que hay entre los atributos epistemológicos y la actuación de los grupos de investigadores que están cerca de los problemas relevantes y que se ocupan de ellos. Por eso se sostiene que los grupos de investigación que cultivan conocimiento de punta y que se ubican en establecimientos reconocidos reflejan mejor las propiedades de las

comunidades disciplinarias y de sus redes que aquellos que se encuentran alejados de este tipo de conocimiento y están en establecimientos periféricos.

Otro aspecto a considerar sobre la influencia del entorno en la investigación científico social son los cambios provocados en las disciplinas sociales por cosmovisiones pautadas por el avance del conocimiento y la tecnología. El nuevo conocimiento y la nueva tecnología cuestionan a los científicos sociales sobre su posibilidad de adaptarse en su actuación a mercados más amplios, sobre el impacto que tienen en la vida institucional, sobre su papel en la reproducción de su gremio, sobre el por qué y para qué forman profesionistas científicos y técnicos, sobre la vigencia del tipo de conocimiento que enseñan y sobre el vínculo del conocimiento que producen con el que requiere el sector productivo.

Estas cuestiones replantean la estructura del vínculo entre la universidad y el entorno, las condiciones que deben afrontar los investigadores y el papel que debe tener la investigación ante la aceleración de la internacionalización de las sociedades y de las economías. Todo apunta a que el cambio está en la base de todos los cuestionamientos y a que hay que construir la habilidad de adaptarse rápida y adecuadamente a las condiciones y oportunidades que promueven los cambios (Hamui, 2000).

En México, los resultados de las acciones de los académicos ante el cambio de condiciones para la investigación en los establecimientos del SES han sido: a) una agregación histórica de pequeñas reformas y múltiples iniciativas; b) movimientos de innovación desde dentro de las universidades, y c) reacciones y adaptaciones frente a políticas desde afuera y desde arriba. El impacto del avance tecnológico y del conocimiento producido fuera de los establecimientos del SES, tanto en México como en el resto de América Latina, no se ha previsto y resuelto como producto de un diseño o de una planificación global exitosa.

Un ejemplo de ello en México fue la instrumentación de políticas para diversificar las fuentes de financiamiento en el marco del Programa de Modernización Educativa (1989-1994), en el que se planteaba la celebración de convenios de colaboración con los sectores productivos, la venta de servicios y el aumento de las cuotas escolares para generar con ello un incremento en los ingresos provenientes de fuentes externas. La intención era romper con el aislamiento en el que se encontraban las universidades y, al mismo tiempo, desper-

tar el interés de los sectores productivos por desarrollar proyectos de manera conjunta.

Para lograr el objetivo se concertaron convenios entre la Secretaría de Educación Pública (SEP), las confederaciones de cámaras de industria y comercio y los organismos empresariales; sin embargo, fueron muchas las dificultades, pues no es fácil modificar las condiciones de base del funcionamiento de los modelos culturales de cada organismo por la dificultad de vencer las resistencias, adaptaciones y distorsiones que se producen cuando entran en acción en los establecimientos.

Por otro lado, el cambio que marca el impacto del nuevo conocimiento y de la nueva tecnología requiere de planificación en los programas de formación y de que se establezca un vínculo más estrecho entre la universidad y el entorno. Se requiere que el conocimiento, tanto en procesos de aprendizaje como de habilidades y destrezas que se procuran en la formación y en la práctica profesional, se atienda de manera especial, principalmente en los rubros en que hay mayor demanda de parte de las empresas al sector educativo, como los de servicios de asistencia técnica, consultoría y asesoría (Casale y Casas, 1996).

El “enmarque” disciplinar y el del mercado no confluyen fácilmente. La orientación del quehacer académico va más allá de la demanda de las empresas, sobre todo porque el interés en el trabajo académico generalmente no termina en las respuestas que las empresas esperan de los investigadores académicos, sino que lleva a nuevos cuestionamientos y rumbos propios del avance del conocimiento que las empresas no están dispuestas a apoyar.

No obstante, en la última década y ante la crisis financiera tanto en las IES públicas como en las privadas se han abierto crecientemente los vínculos con los sectores productivos del país. Esta relación se ha orientado con una doble intención. Por un lado, los sectores productivos se han acercado a las instituciones académicas por su necesidad de desarrollo y modernización ante los cambios vertiginosos de las tecnologías y las demandas de los mercados de intercambio de productos y servicios, y por el otro, las instituciones se han vinculado al mercado para responder a estas demandas, o bien, para buscar nuevas fuentes de aplicación de sus productos y, en consecuencia, ingresar a los mercados de intercambio de servicios especializados y de conocimiento de punta (ANUIES, 2000), o incluso en la búsqueda de

fuentes adicionales de financiamiento impulsada por las restricciones del financiamiento estatal en periodos álgidos de crisis fiscales.

Este doble impulso también ha hecho evidente la necesidad de mantener un ritmo constante en la actualización de planes y programas de estudios, así como en la redefinición de los protocolos de investigación en algunos campos del conocimiento aplicado. Es decir, el tema ya es parte de las agendas de los planes de desarrollo de las IES en nuestro país.

Las demandas del entorno orientadas por las políticas públicas, las condiciones del mercado, el SES y algunas organizaciones no gubernamentales han repercutido en la evolución de las ciencias sociales y en las condiciones que rodean al investigador en la academia. La disminución en el financiamiento ha obligado a los académicos a promover y a gestionar recursos para investigar, además de a reorganizar la lógica y las tareas de la investigación. El acceso de los investigadores a los recursos destinados a la investigación ha transformado la práctica cotidiana a través de la regulación y supervisión indirecta de los mismos por parte de agentes externos, como las distintas dependencias del gobierno (Contraloría, SHCP, SEP-SESI, SEIT, Conacyt), y de otros agentes financieros insertos en los sectores productivos y sociales, como las fundaciones nacionales e internacionales.

Estas instancias orientan a la investigación, según sean sus intereses, a través de convocatorias para realizar proyectos específicos con asignaciones de recursos sometidos a evaluación en función de los objetivos establecidos y con convenios firmados con los establecimientos.

A manera de resumen se puede decir que en la década de los ochenta la lógica del *ethos* científico social se orienta por actores que participan en el desarrollo de la docencia y de la investigación en el SES, en las IES y en los aparatos de financiamiento del Estado y que son ellos quienes establecen los criterios de evaluación. En el ámbito universitario y en los órganos políticos de la ciencia y de la tecnología se han promovido y consolidado grupos de élites científicas y docentes que regulan la práctica de la investigación en los distintos países (Vessuri, 1996).

Estos grupos, reconocidos por su posición en las altas jerarquías, han logrado ser percibidos como autoridad e influir en la organización de la estructura disciplinar. Sus trayectorias en la comunidad científica, su aporte en las ideas que escriben y su orientación teórico-metodológica han permitido la continuidad de las disciplinas.

De ahí que sea posible sostener que ante el estancamiento económico y sus efectos en la estructura ocupacional se está impactando al *ethos* disciplinar y de los establecimientos del SES y se cuestiona la calidad de la formación y el prestigio de las universidades (principalmente del sector público), se produzca la devaluación de los certificados de nivel superior y se perciba lejana la posibilidad de la movilidad social.

La escasez de recursos nos ha llevado a carecer de los insumos básicos para investigar y a un deterioro real en el ingreso de los académicos. También se ha dado una desarticulación entre la universidad y la estructura productiva, y ha cambiado el significado social atribuido al hecho de ir a la universidad (Grediaga, 2000).

El papel del Estado en México fue y sigue siendo relevante en términos de financiamiento y diseño de políticas. Tanto en la orientación de los programas de apoyo como en los sistemas de evaluación y de reconocimiento a la labor de investigación de las instituciones a las que los científicos están adscritos la regulación y la valoración la han ejercido los académicos reconocidos en instancias del Estado o del SES. Los acuerdos entre los académicos consagrados se han traducido, ante la escasez de recursos, en condicionantes para otorgar financiamientos para la docencia y la investigación en los establecimientos y han influido en la lógica y en las prácticas de funcionamiento tanto de los académicos reconocidos como de los no reconocidos, así como en la cosmovisión de los investigadores y académicos de las IES.

Esta orientación ha provocado que algunos investigadores pasen del compromiso político a la producción especializada, fenómeno que en parte se debe a la necesidad de obtener recursos adicionales al salario (Acosta, 2000; Gil, 2002; Vessuri, 1996); a la búsqueda de reconocimiento social por ejercer en ocasiones un papel crítico ante lo que sucede (Vessuri, 1996), o al esfuerzo por formar opinión a través de discursos que adoptan los distintos sectores sociales sin que se reconozcan sus fuentes (Girola, 1996).

COMENTARIOS FINALES

Si hacemos un balance de las cosmovisiones de los distintos periodos de las disciplinas sociales en América Latina y en México, y de las limitaciones a las que se enfrentaban, se hace evidente que en la cons-

trucción del conocimiento social no sólo influyen la teoría y la metodología sino también el sentido y el significado que los científicos le dan a su trabajo y la manera en la que se organizan para realizarlo.

En el periodo que va del fin de la Segunda Guerra Mundial hasta los años sesenta se puede decir que los valores, las creencias y la manera común de entender la realidad social permitió la construcción de consensos e interpretaciones basados en teorías cuya argumentación no contenía valoraciones políticas, ideológicas y morales en el discurso social. Esta confluencia entre los modelos culturales o *ethos* de las ciencias sociales, el establecimiento y el entorno se puede observar en la dirección de las interpretaciones y en las acciones de los distintos actores ante los sucesos ocurridos en el país.

En el ámbito de la organización académica, al principio del periodo 1945-1960 se esperaba que los académicos generaran condiciones de trabajo, que participaran en y colaboraran con la comunidad científica internacional. El cambio se dio cuando dejó de presentarse la confluencia entre la cosmovisión, el “deber ser” de los investigadores de ciencias sociales en el país, la comunidad disciplinar y el SES, y cuando los gobiernos dejaron de valorar el cultivo de la neutralidad y el propósito de ilustrar.

Al principio del periodo que va de 1960 a 1980 la influencia estadounidense orientaba la construcción del conocimiento científico social desde una perspectiva estructural en la que se privilegiaban las explicaciones causales, se definían los problemas, se iban probando y refutando las tesis, se contrastaba empíricamente y se avanzaba hacia niveles de mayor generalidad, formulando causas, sin apelar a cuestiones políticas. El cambio se percibe a finales de los sesenta, cuando hechos sociales como la Revolución Cubana cuestionaban esta visión ordenada para obtener bienestar social y crecimiento económico.

Las situaciones que imperaban en los países latinoamericanos demandaban acciones para lograr crecimiento con equidad social y equilibrios regionales y sectoriales. Fue entonces que cambió la cosmovisión y se le atribuyó a las ciencias sociales el papel de ser el instrumento de legitimación del proyecto del gobierno en turno. El “deber ser” de los investigadores sociales también cambió: ellos se veían y eran vistos como poseedores de las claves cognoscitivas para la solución de los grandes problemas de la nación.

La construcción del conocimiento se hacía a través del materialismo histórico, que incluía a la ideología en la crítica teórica y per-

mitió el avance de la perspectiva de la teoría política marxista y, con ello, el conocimiento de los hechos sociales, particularmente en lo que se refiere a las clases sociales, la organización del Estado y la naturaleza del régimen. Fue por ello que el avance se dio en todas las disciplinas sociales y el trabajo académico cambió.

La estructura de organización del trabajo académico en la década de los sesenta se caracterizó por fenómenos como los siguientes: empezaron a diversificarse las ofertas de licenciatura, dieron inicio nuevos programas de posgrado, se experimentaron formas académicas nuevas y se confrontaron la teoría, la crítica y la argumentación existentes con las nuevas ideas de los egresados de los posgrados de los diversos países en que se discutía el conocimiento de punta, quienes tenían una nueva cosmovisión de lo que debería ser el quehacer científico.

Las relaciones de autoridad entre los líderes y los iniciados al principio del periodo fueron muy directas, a veces paternas y otras veces abiertamente dictatoriales (García Salord, 1999). La carrera académica se organizaba con criterios de antigüedad, edad y méritos. La acumulación de requisitos para ingresar, promoverse y posicionarse en la jerarquía del sistema de reconocimientos y prestigios dependía, en mucho, de los líderes académicos.

El cambio de telón de fondo de la estructura de organización del trabajo de los científicos sociales en los setenta se caracterizaría por un proceso acelerado de expansión (Gil *et al*, 1994) de las IES; las condiciones de acceso a la profesión académica eran tempranas, masivas y poco calificadas; había dificultades en la evaluación y seguimiento del desempeño académico. Además, se incrementaron las posiciones en el sistema clasificatorio de las IES y se modificó la morfología de la pirámide invertida heredada de las generaciones fundadoras (García Salord, 1999).

En el último periodo, que va de 1980 hasta nuestros días, en el marco de la historia de las ciencias sociales cobraron mayor importancia la política pública, el mercado y las organizaciones no gubernamentales en el financiamiento y la regulación de los establecimientos de educación superior, en la construcción del conocimiento y en las funciones de docencia, investigación y difusión del conocimiento en las IES.

La diversificación de las disciplinas de las ciencias sociales y el cambio en la lógica de su construcción se nota en el esfuerzo por vincularlas a la hechura de las políticas públicas. El cambio se percibe en

la actitud, en las actividades y en la construcción del conocimiento orientado por las formas de financiamiento que ahora sostienen el trabajo de los investigadores en la academia.

De la argumentación contenida en este artículo se puede concluir que la construcción del conocimiento en las ciencias sociales en América Latina y en México depende de las visiones de lo que son y significan los sucesos en un tiempo histórico, la manera en la que se plantearon los problemas, la lógica sobre la que estaban construidos y la posibilidad de tratar con rigor científico al conocimiento. No obstante, hace falta explicar cómo suceden los cambios en el proceso y para ello es necesario un enmarque para juzgar y desarrollar otro.

El enmarque es un modo de construir un mundo social que nos permite asimilar e interpretar los hechos de que disponemos, pues para que pueda darse una sucesión de cosmovisiones, más que de marcos en conflicto, hay que apoyarse en los acuerdos a los que se llega en los organismos nacionales e internacionales, en el SES, en las IES y en los foros reconocidos, además de retomar las ideas centrales que contribuyen a una nueva manera de pensar los problemas, mediante: a) procurar un análisis serio de las propuestas emanadas de los “hechos sociales” y tratar de entender el posible vínculo entre ambos dominios; b) identificar el rumbo que los nuevos actores quieren dar al conocimiento social en la lectura de los hechos y encontrar en los principios de las orientaciones los márgenes de libertad para construir el conocimiento, de tal forma que se llegue a aceptar de manera generalizada que existe en el contexto un marco de crisis en el que hay que asegurar la investigación y que, ante esta situación, se ofrezca seguridad y protección en la estructura de organización del trabajo de los académicos en un nuevo enmarque, y c) identificar en el proceso de transición los intereses del trabajo académico ante los posibles conflictos de intereses de los actores, para que vayan adecuando sus problemas y conceptos en el nuevo enmarque.

Cuando los resultados de investigación en este nuevo enmarque compiten con la visión anterior es común que se piense y hasta que se reconozca que los conceptos pueden desfasarse de los contextos en los que operaban. El hecho es que los científicos sociales intentan pragmáticamente modificar los conceptos y los métodos de investigación para que reflejen el nuevo enmarque en el que se está trabajando, de tal forma que al adecuarse ellos también cambien su manera de ver y de actuar.

Después de esta rápida mirada por la historia de las ciencias sociales se hace evidente que el enmarque de cada momento ejerce una fuerza continua sobre lo que se hace y sobre lo que es posible hacia el futuro; también que en las IES los investigadores encarnan actitudes y sentidos subjetivos que ponen en juego en la construcción del conocimiento y que el “deber ser”, lo que los convierte en científicos y les permite hacer lo que hacen, se orienta por valores, creencias y normas en los que el investigador encuentra una manera de conjugar su trabajo en un *ethos* en el que puede investigar con márgenes aceptables de libertad.



BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, A.
2002 “El neointervencionismo estatal en la educación superior en América Latina”, en *Sociológica*, núm. 49, mayo-agosto, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, México D. F.
- Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Educación Superior
2000 *Futuro de la educación superior en México en el siglo XXI*, México D. F.
- Arguedas, L. y A. Loyo
1979 “La institucionalización de la sociología en México”, en *Sociología y ciencia política en México. Un balance de veinticinco años*, L. Arguedas et al, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F.
- Becher, T.
1996 *Academic Tribes and Territories*, The Society for Research in Higher Education & Open University Press, Gran Bretaña.
- Bejar, Raúl y Héctor Hernández
1996 “La investigación y la docencia en ciencias sociales. Elementos para discutir su vinculación con la sociedad”, en M. Perló (coord.), *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM-Consejo Mexicano de Ciencias Sociales-Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. México D. F.
- Breceda, A. et al
1989 *Ciencia y tecnología en México*, Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F.
- Cardoso y Faletto
1969 *Desarrollo y dependencia en América Latina*, Siglo XXI, México D. F.
- Casalet, M. y R. Casas
1996 *Vinculación academia-empresa. Análisis de la encuesta aplicada por la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en 1996*, mimeo, México D. F.

Castañeda, F.

- 1990 “La constitución de la sociología en México”, en José Francisco Paoli Bolio (editor), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM-Miguel Ángel Porrúa. México D. F.

Cuadra, Héctor

- 1990 “Los estudios internacionales en México”, en José Francisco Paoli Bolio (editor), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM-Miguel Ángel Porrúa. México D. F.

Fuentes Molinar, Olac

- 1991 “Documento para debate”, en *Universidad Futura*, núms. 8-9, invierno, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, México D. F.

Fuentes Navarro, R.

- 1990 “El desarrollo, la organización y el uso de la comunicación social en México”, en José Francisco Paoli Bolio (editor), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM-Miguel Ángel Porrúa. México D. F.

García Salord, S.

- 1999 “Los académicos de la UNAM: un viejo problema y dos retos para un nuevo milenio”, en *Sociológica*, núm. 41, “La profesión académica en el fin del siglo”, septiembre-diciembre, México D. F.

Gibbons *et al*

- 1997 *La nueva producción del conocimiento: la dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona.

Gil, M.

- 2002 “Amor de ciudad grande: una visión general del espacio para el trabajo académico en México”, en *Sociológica*, núm. 49, mayo-agosto, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, México D. F.

Gil, M. *et al*

- 1994 *Los rasgos de la diversidad. Un estudio de los académicos mexicanos*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, México D. F.

Girola, Lidia

- 1996 “Tradiciones interrumpidas y comunidades disciplinarias en la *Revista Mexicana de Sociología*”, en *Estudios sociológicos*, vol. xiv, núm. 40, México D. F.

Girola, Lidia y Margarita Olvera

- 1994 “Cambios temático-conceptuales en la sociología mexicana de los últimos veinte años”, en *Sociológica*, núm. 24, “La sociología en México. Una aproximación histórica y crítica”, enero-abril, México D. F.

Grediaga, R.

- 2000 *Profesión académica: disciplinas y organizaciones. Procesos de socialización y sus efectos en las actividades y resultados de los académicos mexicanos*, Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Educación Superior, en la colección “Mejores tesis de doctorado”, México D. F.

Gutiérrez L.

- 1990 “La formación del economista en México”, en José Francisco Paoli Bolio (editor), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM-Miguel Ángel Porrúa. México D. F.

Hamui, Mery

- 2000 “La vinculación de las IES con el entorno social y productivo”, en *Memorias. Luego de la evaluación: los desafíos de la universidad latinoamericana*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Sociología, Área de Sociología de las Universidades.

Hodara, J.

- 1987 *Prebisch y la Cepal. Sustancia, trayectoria y contexto institucional*, El Colegio de México, México D. F.

Jeannetti, E.

- 1990 “La formación profesional de los científicos políticos y de los administradores públicos”, en José Francisco Paoli Bolio (editor), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en*

México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM-Miguel Ángel Porrúa. México D. F.

Leal, J. *et.al*

1994 *La sociología contemporánea en México. Perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, Universidad Nacional Autónoma de México. México D. F.

Martínez Rizo, F.

1998 “Vinculación: nuevo nombre de un viejo reto”, en *Revista de la educación superior*, vol. 14, núm. 108, octubre-diciembre, pp. 81-91, México D. F.

Merton, Robert

1992 *Teoría y estructuras sociales*, Fondo de Cultura Económica, México D. F.

Meyer y Camacho

1979 “La ciencia política en México”, en L. Arguedas *et al*, *Sociología y ciencia política en México. Un balance de veinticinco años*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F.

Paoli, José

1990 “Desarrollo de las ciencias sociales”, en José Francisco Paoli Bolio (editor), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México D. F.

Perló, M.

1994 *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM-Consejo Mexicano de Ciencias Sociales-Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. México D. F.

Reyna, J.

1979 “La investigación sociológica en México”, en *Sociología y ciencia política en México*, en L. Arguedas *et al*, *Sociología y ciencia política en México. Un balance de veinticinco años*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F.

Stavenhagen, Rodolfo

1965 “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, en *El Día*, s.f., México D.F.

Torres, D.

- 1990 “La ciencia política en México”, en José Francisco Paoli Bolio (editor), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM-Miguel Ángel Porrúa. México D. F.

Varela, R.

- 1990 “Antropología social en México”, en José Francisco Paoli Bolio (editor), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM-Miguel Ángel Porrúa. México D. F.

Vessuri, H.

- 1996 “La ciencia académica en América Latina en el siglo xx”, en J. Saldaña (coord.), *Historia social de las ciencias en América Latina*, Coordinación de Humanidades-Coordinación de la Investigación Científica, UNAM-Miguel Ángel Porrúa. México D. F.

Wagner, P.

- 1999 “La orientación hacia las políticas: legado y promesa”, en P. Wagner *et al*, *Ciencias sociales y Estados modernos*, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública-Fondo de Cultura Económica. México D. F.

Weiss C.

- 1999a “Resumen: las ciencias sociales y los Estados modernos”, en P. Wagner *et al*, *Ciencias sociales y Estados modernos*, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública-Fondo de Cultura Económica. México D. F.
- 1999b “La investigación de políticas: ¿datos, ideas y argumentos?”, en P. Wagner *et al*, *Ciencias sociales y Estados modernos*, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública-Fondo de Cultura Económica, México D. F.

Wittrock, B.

- 1999 “Ciencia social y Estado moderno: el conocimiento de las políticas y las instituciones políticas en la Europa occidental y los Estados Unidos”, en P. Wagner *et al*, *Ciencias sociales y Estados modernos*, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública-Fondo de Cultura Económica. México D. F.